



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: por D. A. Pirala.—En el Album de Aurora C. (poesia), por D. T. Guerrero.—Historia: Juana Grey, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—Escursion Primaveral (continuacion).—La Bola de Nieve (conclusion).—Teatros.—Labores.—Modas.

INSTRUCCION.

Consejos de una madre á su hija, por la Marquesa de Lambert.

CONCLUSION.

La veracidad es un deber, y aun en las cosas mas indiferentes debe respetarse; porque nada mas despreciable que faltar á ella.

Pero hay aun en la educacion una especie de virtud que se dice vino al mundo cuando esta hija del cielo le abandonó, y es la política, ese deseo de agradar que dá la naturaleza, y aumentan la educacion y el mundo. Es uno de los mayores vínculos de la sociedad, por ser el que mas contribuye á la paz: es una preparacion á la caridad, y una imitacion de la humildad; pues la verdadera política es modesta, y como procura agradar, sabe que los medios para lograrlo son hacer conocer que no nos preferimos á los otros, y que les damos el primer lugar en nuestra estimacion.

El orgullo nos aparta de la sociedad, y cuando se deja conocer la estimacion propia, es castigada por el desprecio universal.

La política es el arte de conciliar con agrado lo que se debe á los otros y á sí misma; por esto es la prenda atractiva; por esto las personas políticas tienen ordinariamente dulzura en el trato y prendas amables: es el cinturón de Vénus que hermoseaba y daba gracia á cuantas le llevaban.

Esponer aquí las reglas ó preceptos que debe de observar una buena política, seria larga tarea: pero ¿qué madre medianamente ilustrada dejará de comprenderla y enseñarla?

En todas las acciones, en todos los modales, en los discursos, en el mismo silencio, tiene la política su campo. Ella no permite que se demuestre el espíritu y los talentos con altivez: ella impide hacer alarde de felicidad al lado de la desgracia: ella rechaza ese silencio altivo é insultante, y recomienda el que es producido por la modestia: ella aconseja respetar las preocupaciones y las costumbres que no son ofensivas ó perjudiciales: ella prohíbe el carácter bufon, que siempre es un mal personaje, y rara vez haciendo uno reír se hace estimar, y ella, en fin, prescribe que demos á otros en la sociedad todo lo que nos agradaria nos diesen. Y nada mas sencillo: la política cuesta poco y vale mucho.

Mas si esta política no es acompañada de una probidad intachable, siempre quedaria un vacío en la persona que la ejerciera. Afortunadamente hay en las buenas prendas tal enlace, que son como los eslabones de una cadena, y la práctica de una virtud facilita la de las demas.

En conclusion, la Marquesa de Lambert, termina sus consejos recomendando la conducta que se debe usar con los criados á quienes se ha de mirar como amigos desgraciados. Nada se escapa á la fina penetracion de la ilustrada escritora, y al examinar nosotros una parte de sus obras, creemos haber rendido un justo homenaje á su aulora y haber prestado algun servicio á la educacion é instruccion de la juventud.

Utilísimo cuanto contribuya á tan importante fin, pocas tareas mas dignas que las dedicadas á sembrar esas pocas semillas que no desperdicia esa generacion riente, para quien es el porvenir y quizá la ventura. ¡Felices nosotros si son aprovechados nuestros esfuerzos, si merecen la aprobacion de las madres, si contribuyen á formar el ilustrado juicio de esas jóvenes, esperanza y felicidad de la familia, adorno de la sociedad!

A. Pirala.

LITERATURA.

En el Album de Aurora C.

Allá en aquella seductora tierra,
rica de fuego, de pasion y encantos,
en la *virgen América*, que encierra
mujeres como tú, prodigios tantos,
nací tambien: es fama
que los que nacen en la patria mia
son fieles á su Dios y hasta á su dama;
pero ninguno diz que cambiaria
por goce alguno su mullida cama;
no será cierto, mas conmigo reza,
pues siempre me domina la pereza.

Allá, cuando pequeño,
solicita mi madre se empeñaba
en robarme temprano el dulce sueño;
de madrugar los goces me pintaba,
con un bostezo yo le contestaba
y felizmente desistió en su empeño,
que al escuchar su voz, dando una vuelta,
dormia con placer á pierna suelta.

« ¡Qué bello asoma el sol! — me repetia—
¡con qué varios colores!
¡cuál alumbran sus prístinos albores
el horizonte al despuntar el día!
ay! si vieras sus ígneos resplandores
se exaltara tu pobre fantasía! »

Por suerte ó por acaso
te encontré, como siempre, encantadora;
y á un *quidam* que ví al paso:
« ¿Quiénes? » le pregunté. — « La bella Aurora. »
— « Hola! exclamé; mi madre bien decia;
á fé que siento haber dormido tanto,
porque puede la AURORA con su encanto
de veras exaltar mi fantasía. »

Pues tanto y tanto vales
fuera dormir sin verte una rareza;
sepa yo *cundo sales*,
y sacudiendo mi habitual pereza,
te juro que no duermo ni una hora
por ver salir tan peregrina AURORA.

T. GUERRERO.

HISTORIA.

JUANA GREY.

I.

En los deliciosos jardines de Chelsea resonaban las alegres carcajadas y las ruidosas conversaciones de varias jóvenes elegantes y bellas, pertenecientes á las primeras familias de la corte. Era el 9 de Julio de 1553.

La tarde empezaba á declinar: los últimos rayos del sol poniente doraban las elevadas cimas de los árboles mas corpulentos, mientras las primeras sombras del crepúsculo inundaban las espesas arboledas del jardín de esa semi oscuridad misteriosa que tanto halaga á las imaginaciones apasionadas y poéticas. Habia llegado esa hora dulce y triste en que el alma fatigada de las distracciones del día parece concentrarse en sí misma para ele-

var sus pensamientos á Dios. Que es la hora de los recuerdos, del recogimiento, de la meditacion. En ninguna otra se echa tanto de menos á las personas queridas que están ausentes: nuestros lábios pronuncian sin advertirlo su nombre; el corazón se oprime á pesar nuestro bajo presentimientos sombríos. Amar en la ausencia, significa lo mismo que temer: no hay peligro que no se crea suspendido sobre una existencia adorada.

Las sombras del crepúsculo infunden melancolía, como las sombras de la noche infunden el sueño, y hé aquí porqué esas mismas alegres y bulliciosas jóvenes de quienes acabamos de hacer mencion, cansadas de sus juegos turbulentos, y como dominadas por la solemnidad de que se reviste la naturaleza al espirar el día, fueron formando grupos, y sentándose en los bancos de mármol de las plazoletas.

Un ruiñeñor dejó oír entonces en lo interior de un bosquecillo próximo las primeras notas de su canto.

—Permitidme, dijo una hermosa joven de diez y seis años, que vaya á oírle de cerca, y meditabunda y pensativa se puso á pasear lentamente en una calle de árboles inmediata.

—¿Sabeis, amigas mías, exclamó otra dirigiéndose á las demás con precipitacion en cuanto aquella hubo desaparecido, que el rey Eduardo VI habrá espirado quizá á estas horas?

—¿De veras? qué decís? repusieron todas interrumpiéndola.

—Lo que habeis oído. Nortumberland procura ocultarlo; pero yo sé que esta tarde ha llegado un correo con un pliego para Lady Sidney, cuñada de Juana. Esta lo ignora, y quizá aunque nada debe al Rey, su joven tío, á quien no se ha conocido cariño por nadie, la han hecho venir aquí por evitarla el espectáculo de sus funerales. Al fin como princesa real no hubiese podido eximirse de lo que en tales casos exige la etiqueta.

—Juana! Juana! gritó de pronto con voz alterada una mujer en una de las calles que conducian á la plazoleta donde se hallaban nuestras interlocutoras.

—Lady Sidney! exclamaron todas á la vez. En efecto era ella. Llegaba agitada; llevando en la mano un pliego cerrado, y sellado con las armas del Consejo.

Juana se presentó, preguntándola qué queria?

Lady Sidney la entregó el pliego. —Un correo, la dijo, acaba de traerlo con orden de que te se entregue al punto.

—A mí? repuso Juana con estrañeza. ¿Es de Dudley? ocurre alguna novedad? Y sin oír ni esperar respuesta rompió precipitadamente el sobre.

—Ah! dijo sorprendida y palideciendo, es una orden del Consejo para que inmediatamente me ponga en camino para Sion-House! Sabes para qué, hermana mía? Sabes si encontraré allí á mi marido? Oh! yo no iré sola, no iré! Y poco faltó para que la tímida joven prorumpiese en llanto.

—Iré contigo, la contestó Lady Sidney; abrázola corriendo, y llevándola aparte, la habló durante algunos segundos en voz baja.

Juana volvió mas serena al sitio en que habia dejado á sus compañeras, de quienes se despidió afectuosamente.

—Me voy, las dijo, con sentimiento: me parece que los días que acabo de pasar aquí son los mas felices de mi vida!

Algunos momentos después salia de aquella deliciosa residencia para la de Sion-House, acompañada de Lady Sidney.

II.

Durante el camino Juana hizo en vano diversas preguntas á su compañera acerca de aquella comunicacion del Consejo. Lady Sidney, bien fuese por no saberlo, ó mejor quizá porque habria recibido instrucciones respecto al asunto, solo respondió de una manera evasiva.

Grande fué la sorpresa de Juana cuando al llegar á Sion-House no vió á su marido, á quien habia dejado allí, adelantarse á recibirla. Los criados contestaron á sus preguntas que habia salido hacia dos días para Lóndres, y que de allí habian recibido aquella tarde orden de tener dispuestas las habitaciones para recibir á la princesa.

Una de sus damas añadió entonces, que el mensajero portador de la carta habia dicho tambien, que segun algunas palabras que llegaron á sus oídos en Durham-House (residencia del duque de Nortumberland), éste y su hijo, Lord Dudley, pensaban reunirse al día siguiente con la princesa.

Mas tranquila Juana, entró en su suntuosa habitacion, y después de descansar dos horas, mandó retirar á sus doncellas y se quedó sola.

Llena de curiosidad y de un temor indefinible, que alejaba el sueño de sus párpados, Juana se propuso pasar en vela la mayor parte de la noche. Pero en vano trató de distraerse con la lectura; sus ojos recorrían maquinalmente las páginas del libro que tenia delante, pero sin que su imaginacion llegase á fijarse en su sentido.

Cansada al fin, dejóse caer en su lecho, medio vestida, y nosotros aprovecharemos este momento para hacer conocer á nuestras lectoras algunas particularidades anteriores, para la mayor inteligencia de esta historia.

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

ESCURSION PRIMAVERAL.

(Continuacion.)

Hija de una familia distinguida de esta provincia, pero educada desde tiernos años en París, podía considerarse la Marquesita como extranjera en su patria. La finura de trato, y los ricos conocimientos adquiridos en sus viajes, realzaban la hermosa figura inglesa de que la naturaleza le había dotado. Delgada, flexible, cada movimiento suyo hacia ondular sus dorados rizos, que parecían querer besar aquellas sonrosadas mejillas que iluminaban unos ojos de cielo.

Esta niña, que acababa de apearse de la diligencia, se dirigía acompañada de su anciano y achacoso padre al establecimiento de baños, donde éste buscaba la salud.

Figúrate, discreta lectora, cuánto me sería agradable semejante vista al entrar en Alhama. Pero ¿querrás creerlo? Mi amigo Carlos no desperdió la ocasión. Una mirada de efecto y la oportunidad de un mohín de buen gusto, le consiguieron de aquella una ligera ojeada, que parecía decir: *Muchas gracias, caballero.*

Dejámosles adelantarse, y nos dirigimos al paso de nuestros caballos al establecimiento.

Lo primero que me llamó la atención fué la pintoresca perspectiva que en una plaza del tránsito ofrecía multitud de gente que concurría al mercado. Era martes; y usando del privilegio de que la Villa disfruta há luengos años, todos los campesinos, mercaderes, y vendedores de dos leguas á la redonda, habían acudido á dar en ella salida á sus comestibles y baratijas. Aquella voceadora reunión parecía una masa móvil de abigarrados colores. La alegre y colorada manta de los mozos del país, contrastaba con las graciosas listas del zagalajo de dos azules: los pañuelos de colores chillones de los campesinos, y los blancos zaragüelles, que á guisa de moros ostentaban, sobresalían de entre

algun grupo de esas mantas tan sombrías que nos trajeron los morellanos. Aquí, un hombre del pueblo en mangas de camisa, pregonaba los *ricos pañuelos de Escocia y los percales ingleses*, que á ínfimo precio ofrecía sobre un modesto puestecillo, fabricado en media hora, y que le acompañaba en todas sus escursiones. Allí, una garrida aldeana sentada en el duro suelo, y á la usanza árabe, gritaba á mas y mejor para dar salida á las *naranjas dulces como la miel*, que brindaba ante sí en montón, al apetito de los consumidores. Mas acá, un valenciano que vendía *loza y cristal fino*, reñía vocalmente con un buhonero, espendedor de varias joyas de *latón y de similar*. Mas allá, por último, un grupo de gitanos rodeaba á un pobre lugareño, probándole con sus gritos y contorsiones que el rocínante que le vendían, valía mas que el caballo de Fernán Gonzalez.

Esta multitud, alegre, movable y charladora, con sus palabras, con sus gritos, con sus movimientos, prestaba un aspecto agradable que solo ofrecen en tales casos las provincias Meridionales. El efecto que causó en nuestros ánimos nos alegró mas que si entráramos en una populosa ciudad.

Llegamos al poco al establecimiento, y su aspecto sencillo y elegante me agradó sobremanera; lo cual manifesté á mi amigo Carlos, que ya recibía y pagaba por lo pronto numerosas saluciones de bien vinda.

—Pues qué! me dijo orgulloso. ¿Creías tú que no teníamos en este rincón de Murcia establecimientos de baños que valgan la pena?

—Chico, le respondí; como el que yo conocía antes de edificarse éste era tan malo, no estrañes que me admire del cambio, y que lo celebre.

—Ya verás que bien dispuesto y servido está por dentro. Los enfermos se bañan y curan. Los sanos comen y engordan. Lo primero lo hacen unas aguas escelentes y un médico solícito, y lo segundo una fonda repleta y un apetito desvergonzado.

Hállase situado el establecimiento frente al átrio de la Iglesia Parroquial, y al amparo del peñón que corona el castillo.

Por de pronto, la fachada me pareció de buena y sencilla arquitectura, y que reunía gracia y solidez. Podrá tener unas cuarenta varas de latitud, por quince ó diez y seis de altura; pero las acertadas líneas de su total, la distribución de sus huecos, y la oportunidad de sus detalles, revelan desde luego el fin á que está destinado, cualidad primordial en la construcción. Pero lo que mas me gustó fué, la elegante lápida de mármol blanco

que ostenta en lugar preferente, y en cuyo centro se lee cincelado:

*Ægrotantium salutē,
Valentium voluptati.
Anno MDCCCXLVIII.*

Este bello pensamiento, tan concisa y elocuentemente espresado, y debido, según creo, al cura de aquella parroquia, me recordó con gusto el *Leso militi* del cuartel de inválidos en París.

Cerca estuvo de acaecernos un chasco al desmontarnos ante el espacioso vestíbulo que dá paso á la escalera. Anunciónos un criado que no había aposento para nosotros, por estar todos ocupados por numerosos bañistas; y sin aguardar á más, dimos la vuelta para buscar en el pueblo un alojamiento, el cual por bueno que fuera no podía gustarnos, estando lejos del bullicio y de la sociedad. Mas hé aquí, que cuando mandábamos girar con las cabalgaduras al buen Francisco, á quien ya las habíamos entregado, acertó á pasar el administrador, que con extrema amabilidad nos sacó de nuestro apuro. Gracias á sus buenos oficios, nos encontramos con una bonita habitación que, á pesar de la concurrencia, nos proporcionó como por encanto. Poco tardamos en posesionarnos de ella. Pero lo que instintivamente hicimos, después de recorrerla y oírla, fué *apaisar* nuestras humanidades; Carlos en una mullida cama, y yo en un sofá que no me dejó tan bien librado.

Morfeo nos protegió. Un apacible sueño de dos horas nos restauró las fuerzas quebrantadas por el calor y el camino. Pero yo habría seguido sin duda ocupado en asunto de tanta importancia, á no haberme despertado la consabida barcarola de mi camarada, mientras delante del espejo se transformaba en el elegante de costumbre, gracias á sus recursos de tocado.

—Supongo que vendrás conmigo á dar un vistazo por el pueblo, para no perder el tiempo; me dijo así que hubo terminado su revista de policía.

—Cuando quieras; le contesté yo, que me hallaba dispuesto á gozar de aquellos días de guelga.

Y diciendo y haciendo nos lanzamos á la calle, no sin que antes mi compañero dirigiese unas frases de cortesía á la linda Marquesita de la S., á quien halló en el vestíbulo del establecimiento. Sus lacónicas contestaciones la revistieron de más encanto á nuestros ojos, y tocaron un poquillo el corazón impresionable de Carlos.

Cuando salimos á la calle, acababa de sepul-

tarse el sol por la parte del horizonte que ocupa la rica Villa de Totana. Dilatada zona purpúrea bordaba la azul esfera por aquella parte, como una franja de oro del manto del cielo que descansaba sobre la tierra. El ambiente tibio de la Primavera, impregnado del aroma de árboles y plantas campestres, derramaba en nuestras venas un fuego reanimador.

El pueblo no tenía ya la animación que durante el lleno del día le prestaban los concurrentes al mercado semanal. Otro movimiento más pacífico le había sustituido. Los vendedores que se retiraban á sus pueblos ó caseríos, se cruzaban en el camino con los jornaleros ó labradores que tornaban á reposar de las diarias faenas. Algun canto monótono y apasionado, ó el zumbido de los insectos, que comenzaban á levantarse, interrumpían solo el silencio de aquellos campos solitarios. Cruzamos por las calles de la villa, y no quedamos descontentos de su aspecto. Labradora y agricultora en su mayor parte, su movimiento peculiar, y hasta sus edificios modestos por lo general, le imprimen un carácter de sencillez, que hace recordar con angustia el ahogo, la agitación de las ciudades importantes. El cultivo de la tierra ocupa á todos sus habitantes. Los propietarios lo dirigen; los pobres lo ejecutan; así es que en sus alimentos, en sus vestidos, en sus costumbres, presiden humildemente la llaneza y la sencillez rústica que manifiesta el alejamiento de los grandes centros de la población. Solo representan la vida de las capitales escaso número de personas y familias acomodadas.

Después de verificado nuestro paseo crepuscular, en el cual vimos buenos tipos del país, rudos si se quiere, por no emplear el aliño de las clases superiores; después de haber dirigido algunas florecitas á las niñas que lo merecían (en lo cual mi humilde persona jugó su parte), nos retiramos á nuestra morada; no sin haber antes anudado Carlos varios antiguos conocimientos, entre los cuales figuraba el sexo débil en mayoría.

Aquella noche no pasó nada digno de contarse.

Una agradable sorpresa me aguardaba á la siguiente mañana. Leía yo descuidadamente unas hermosas páginas, escritas por la delicada pluma de Fernán Caballero, cuando ví entrar en mi habitación un criado que, con atentos modales, me anunció al médico del establecimiento.—Que pase! dije yo inmediatamente, dejando la horizontal que me adhería al sofá. Y me preparé á recibirle con todo cumplimiento. (*Se continuará.*)

ANTONIO ARNAO.

LA BOLA DE NIEVE.

(Conclusion.)

Un anciano que se enamora por la primera vez de su vida, le parece que se rejuvenece; se transforma su sér y no hay estravagancia en que no caiga, creyendo restaurar el tiempo perdido. Esto mismo sucedió á D. Rufo, y así es que los mejores artistas de Madrid se ocupaban en pintar al fresco los pájaros mas raros cuando doña Anselma regresó de Illescas.

El marido se encontró al pronto un poco embarazado, pero las primeras palabras de su mujer le tranquilizaron.

—Gracias á Dios que veo un despacho digno de tí: supongo que no habrás olvidado que necesito un gabinete correspondiente.

Nada podia oponer el ex-mercader á tan justas razones, y así es que doña Anselma tuvo al punto un tocador adornado con el mayor lujo.

—Ya que tenemos el despacho y el tocador ahajados con tanto gusto, dijo doña Anselma, ¿por qué olvidarnos de lo mas esencial, que es una sala de recibo?

—Vaya por la sala con su sillería de brocado y su cortinaje de grós de Tours y muselina, y por el comedor cubierto de cuadros de la escuela flamenca, y de aparadores llenos de plata, cristalería y porcelana, ¿y con todo este aparato cómo tener solo una triste criada?

—No, amigo mio: necesito doncellas, y nuestras circunstancias exigen criados con librea.

Y tras de los lacayos vino el cochero y la magnífica carretela con sus yeguas normandas.

—Y con una casa tan bien montada, ¿qué nos cuesta recibir á la sociedad mas fina de Toledo?

—Oh! sí, dijo Cárlos, sonriendo y suspirando: y debieran vds. abrir sus salones con un sarao: nada hay mas fácil de arreglar y que cueste menos que un baile.

Dióse en efecto, y asistió todo lo mas notable de la ciudad: en tratándose de diversiones lo que menos importa es el saber quién las dá.

Rufina no podia faltar á la fiesta, y para Cárlos toda la funcion se cifraba en ella. Al regresar la niña á su casa al amanecer con su mamá, allí estaba el jóven, fijo como el guarda-canton, escribiendo en el suelo sus geroglíficos.

Todos encontraron el baile magnífico, pero como la crítica siempre ha de hallar en qué cebarse, se ensañaron con la vetustez exterior del edificio,

con lo destrozado de la escalera, que contrastaba con la suntuosidad interior: estas burlas llegaron á oídos de D. Rufo, quien lleno de bondad suplicó al dueño de la casa le permitiese revocar la fachada y reconstruir la escalera á su costa: obtenido su permiso, al meter la piqueta se vino abajo un lienzo entero de pared, de modo que de uno en otro reparo, casi se reedificó la finca. El último dia de la obra, cumplia tambien el término del arrendamiento, y el casero sin mas ceremonias puso á D. Rufo de patitas en la calle.

El ex-fabricante y su costilla tuvieron que meterse con su equipaje y criados en el primer albergue que encontraron, hasta que se proporcionase una habitacion correspondiente. ¿Pero y las cuentas?... tantas talegas gastadas!... tanto dinero tomado á préstamo!... tantas haciendas malvendidas!... Era ya una ruina completa. Ah, chinelas!.. chinelas! Por fin, si D. Rufo fuese solo el arruinado nadie le compadecería, pero y la pobre Rufina, que no contaba con otro dote que la herencia de su tio! Y la cándida jóven que decia con toda la sencillez de su alma: ¡Qué feliz idea la de las zapatillas: algun ángel me la inspiró! Los placeres y la dicha han entrado con ellas en la casa de mi tio. Mas al cabo de un año que las lleva ya estarán deslucidas: voy á reemplazarlas: no hay que pensar en otro regalo, ni en otra sorpresa; voy á hacer otras tan exactamente iguales que no parezcan sino las mismas.

Y la víspera de San Rufo, á las siete en punto, estaba ya la jóven á la puerta del domicilio provisional de su padrino. Entra presurosa y lo encuentra rodeado de treinta personas, entre hombres y mujeres, todas con su papel en la mano. Estas son felicitaciones, dijo para sí Rufina. Pero los ademanes y las palabras le parecían sombrías: no se oía sino nombrar gruesas cantidades... Uno decia, soy el pintor.... Otro, yo soy el tapicero.

Y entretanto Rufina, como un ángel entre aquellos energúmenos, gritaba:

—Padrino, vengo á felicitar á Vd. Aquí está mi regalo.

Apenas divisó el anciano las chinelas, cuando saltó de su silla, como picado por una víbora. Sus ojos estaban estraviados, su pelo herizado: llevaba una pierna desnuda, y corriendo á la chimenea tiró al medio de la sala la encendida leña, y despues, cerrando el círculo de los circunstantes, y obligándoles por fuerza á asirse de las manos, les hizo dar vueltas al rededor de aquellas llamas, en las que arrojó las chinelas una despues de otra con imprecaciones mal articuladas. Solamente se percibían de cuando en cuando estas palabras:

—Chinelas!... Chinelas!... malditas chinelas!

—¿Qué es esto, Dios mío, exclamó Rufina aterrada?

—Esto es, la dijo Carlos con su eterna y melancólica sonrisa, esto no es, ni mas ni menos que la bola de nieve que comenzando en un átomo, se convierte dando vueltas en una montaña: es el espejo en que deberían mirarse todos los que están próximos á dar el primer paso en falso, á cometer la primer imprudencia.

Rufina cayó desmayada en el sofá al lado de su tía, y á sus piés Carlos procuraba consolarlas, y las conjuraba que por Dios no se desearasen. Él era inmensamente rico, y acababa de comprar la casa que tanto habia hermoñado D. Rufo, en donde habia visto á Rufina por primera vez, y en donde queria pasar la vida á su lado, con la condicion de que sus tíos la habian de mirar siempre como propia.

El matrimonio se celebró á los pocos meses, y hubieran sido completamente dichosos, si el anciano tío no se hubiese vuelto loco, porque en los tiempos que corren se ha desmentido el refran que dice, *que ningun tonto se vuelve loco*.

Alguna vez abrazando Carlos á Rufina la decia: «Benditas zapatillas, pues que á ellas debo la dicha de poseerte, pero ten presente que los regalos y obsequios deben ser proporcionados al carácter y circunstancias de las personas á quienes se dedican.»

—«No ofrezcas nunca un objeto rico y de gusto, como tus zapatillas, á un viejo avaro, y menos si es de cortos alcances por añadidura.» (T. del F.)

ELENA MORA D' O.

TEATROS.

I.

Si la madre Eva hubiera tenido la obligacion precisa é inescusable de escribir cada ocho dias una *Revista de Teatros*, como la tiene este pobre Adán, no dudo decir, apreciables lectoras, que, ocupada en escogitar medios de salir airosa de su compromiso, la hubiese faltado tiempo para caer en aquella caprichosa tentacion, que tan notable mudanza introdujo en la escena universal.—Hablar de lo que existe, de lo que se vé, es cosa fácil, por mas que digan, pero hablar de lo que no existe, de lo que no se vé, de lo que no se sabe si se verá, es tarea que ofrece una dificultad comparable solo con la de determinar cuál es el porvenir de España, y cuál el gobierno mejor que

se conoce.—Yo, respecto á gobierno, soy mujer, es decir, que lo mismo me da uno que otro.—Variaré de idea en cuanto varie de posicion. En lo doméstico, sin embargo, me inclino por necesidad, por temperamento, por conviccion, al *desgobierno*.

Y dicho esto, que lo mismo tiene que ver con el objeto de mi artículo, que las palabras con los hechos, entro en materia.

II.

El del *Circo*, único abierto hasta ahora, nos ha dado *Desde Toledo á Madrid*, conocida comedia del regocijado Tirso de Molina, refundida con notable acierto hace algunos años por los señores Breton y Hartzembusch. La señora Lamadrid, que interpreta las obras de nuestro teatro antiguo con una precision y un arte superiores, y el señor Romea han merecido bien del público que en no pocas escenas les ha demostrado con aplausos sus simpatías.—A las tres noches varióse de espectáculo, y vimos reproducido el drama *Hija y madre*, en el cual, como saben ya todas nuestras lectoras, la perla de nuestro teatro representa el odioso papel de una madre criminal y desnaturalizada, que antes ha sido hija ingrata: consecuencia lógica de su ingratitud de hija es su maldad de madre.—Teodora raya en este papel á una altura que nos hace aclamarla como actriz sin rival en nuestra escena.—Despues la direccion ha resucitado las comedias las *Gracias de Gedeon*, y las *Tramas de Garulla*, para presentacion y lucimiento del gracioso Fernandez.—El viernes cantó en este teatro nuestro compatriota Belart la romanza del *Giuramento*, y la bonita balada del *Rigoletto*; estaba ronco, pero no por esto fueron menos los aplausos del público, que conoce ya el poco comun mérito de este jóven artista, que, dicho sea de paso, segun deseo manifestado por S. M. la Reina, debe cantar una de estas noches en presencia de la Real familia. El sábado y domingo se dió el *Tejado de vidrio*, con bastante concurrencia.

Y vean nuestras lectoras como en el *Circo* no ha habido novedad desde que ha empezado á funcionar la compañía Teodora-Romea-Arjona. Esta semana se pondrá en escena el *Ramo de Oliva*, comedia nueva en tres actos, que actualmente se ensaya, y sobre la cual espondremos nuestra opinion franca en el próximo número.

III.

Para mañana se anuncia la inauguracion de la compañía de ópera italiana en el teatro *Real*, con

la titulada *Rigolletto*; la cantan las señoras Ortolani, Millera, Greargt y Mora, y los señores Fraschini, Varessi y Benedetti.—Dicen los iniciados en los secretos del régio coliseo, que la actual compañía escende en bondad á las hasta ahora vistas.—Ya lo veremos.

El teatro de la *Zarzuela* continúa avanzando, y no será difícil que antes de mediados del mes próximo hayamos visto el *Sonámbulo*, zarzuela en un acto, que, unida al *Grumete* ú otra, y á cierto á propósito (no loo) de que se habla mucho, aunque no con seguridad, compondrán la funcion inaugural. El teatro es muy bonito, y de él os prometemos hacer una descripcion minuciosa cuando esté enteramente terminado.

Los empresarios del nuevo templo del arte se hallan en un grave compromiso.—Un ejército formidable y temible por sus armas, que son el descaro y la pesadez anda merodeando por aquellos contornos, esperando ocasion de asaltar á alguno de los mencionados en demanda,—de qué dirán mis lectoras?—De plazas de *alabarderos*.—Yo no sé si me quedará sin ella.—Será un abuso.

El teatro del *Príncipe* que debia haberse abierto ya, pero que por muerte del señor Soria, representante de la empresa, y por otras causas no lo ha verificado, se inaugurará fijamente tambien mañana con el drama nuevo *La llave de oro*.

El del *Instituto* no correrá ya, segun parece, la triste suerte que en mi anterior articulo, por inducciones fundadas se nos antojó concederle.—Dicen que se ha hecho cargo de él una nueva empresa, la cual, sin pretender establecer competencia, y con el modesto deseo de agradar al público y resarcir sus gastos, únicamente pondrá en escena comedias líricas, sin coros, todas del género festivo, (de buen género) y escritas *ad hoc* por conocidos escritores. La Rivas, la Basdan, la Bagá y la Vargas, componen la parte femenina de la compañía, que de un día á otro debe empezar á ensayar, *El duende del meson*, *Cupido y Marte*, *Cada uno en su casa*, y *los Hijos de Noé*, obras originales y en verso, con que cuenta ya la naciente empresa.

En el *Circo de Paul* llaman la atencion los señores Braquet, que hacen difíciles y arriesgados ejercicios de gimnasia.

El teatro francés (*Lope de Vega*), no se abrirá probablemente hasta el día 15. Hay el proyecto de traducir al idioma transpirinámico siete ú ocho de nuestras mejores obras dramáticas, para que las represente la *troupe* que M. Couturier contrata en París, con destino al citado teatro.—Creemos que es una buena idea y desearemos que se realice.

IV.

Las damas mas bellas y elegantes de nuestra sociedad, andan estos dias preocupadas con una gravísima noticia.—Preténdese, y esto es causa de su inquietud, que debe llegar á Madrid en breve, procedente de América un opulentísimo caballero, el cual hace treinta años que no vé corte de las Españas, de donde partió en clase de ayuda de cámara de cierto noble.—El ayuda de cámara es hoy Baron de W.... (título francés) y trae una fortuna que ha de hacer mezquinas, á lo que se asegura, á la de nuestros mas fuertes capitalistas.—Este *respectable* personaje tiene una hija de belleza, valiéndome de la espresion de una ya célebre escritora, imposible, y que á sus cualidades físicas une un talento poco comun en mujer, y una vastísima instruccion. Conoce á Virgilio, y en sus conversaciones cita frecuentemente á Horacio y Demóstenes. Escribe versos en español, francés, inglés é italiano; pinta con notable perfeccion, canta de manera que se necesita tener muy segura la razon para no volverse loco, oyéndola por espacio de cuatro ó cinco minutos, y resuelve los problemas mas difíciles que pueda fraguar el matemático mas malicioso.—Aunque todo esto tiene mucho de extraño y particular, todavia lo es mas la idea de esta mujer verdadero fenómeno de la especie, respecto á los hombres.—Dice que no puede amar á ninguno, porque á todos los cree muy inferiores á ella misma.—Su padre, el ex-ayuda de cámara quiere, sin embargo, casarla.—Ella se obstina en que no; y él en que sí.

Resultado: que viene á Madrid, él con la esperanza de que la niña varie de modo de pensar, y ella con intencion de despreciar el talento, la nobleza, la fortuna, todo, y de no casarse.—Ved, pues, lectoras, si la cosa es grave.

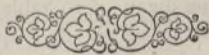
El amor-propio de los feos está empeñado en hacer oposicion á esta plaza.

La envidia de las mujeres empieza á inventar mil tramas en contra de la recalcitrante beldad.—¿Quién vencerá?

El espectáculo va á ser curioso.

Ay! que lástima que esa Eva esté tan lejos de este

ADAN.





LABORES.

Explicación del grabado.

CIRCULO de crochet para debajo de un quinqué ó lámpara.

Se principia por hacer con estambre negro sobre un alambre muy fino, ó hilo encerado, del que debe haber gran cantidad, pues en él ha de ir armado todo el círculo, cinco puntos de cadeneta, y se reúne el primero al último: se hace una segunda vuelta de puntos dobles, aumentando en toda ella cinco mas, y luego otra tercera vuelta como las anteriores, con otros cinco puntos de aumento; siempre teniendo cuidado de dejar en medio de estas vueltas el alambrito, lo que dejaremos de advertir, pues ya se ha dicho que sirve de trama ó armadura en todas las vueltas que tiene el círculo.

Terminadas las tres primeras, se principian los rayos que marca el dibujo haciendo un punto con estambre blanco y otro con negro, así alternados toda la vuelta, y sobre ellos se forman los rayos. En las vueltas sucesivas se continúan éstos aumentando gradualmente los puntos del rayo blanco, y del negro hasta la cuarta vuelta, donde se hará el de en medio con estambre azul claro, continuando el centro del rayo de dicho color, y solo dos puntos por ambas orillas, que caen junto al rayo blanco, se harán negros, pues un fondo negro liso sería de mal efecto. Hechas tantas vueltas como estension se quiera dar á los rayos, se hace una vuelta, toda con estambre azul, otra un punto blanco y siete azules todo al rededor, la siguiente tres blancos sobre el uno de la vuelta anterior, y cinco azules en el centro de los siete anteriores; la otra cinco blancos y tres azules; y por último, otra de siete blancos y uno azul, de lo que resultan los picos que marca el dibujo: despues se hacen seis vueltas blancas, y á la izquierda nueve puntos blancos y uno azul, sobre el que se irán

aumentando progresivamente puntos por ambos extremos, hasta formar otros picos algo mayores que los anteriores, y se termina esta cenefa por una vuelta lisa azul.

El adorno que lleva al rededor es del mejor efecto y fácil de ejecutar. Con cuentas de dos colores, y si es posible hasta de dos formas distintas, se engarzan cada clase de ellas en un alambre del mismo de la armadura, y se van intercalando, formando presillas encadenadas al aire todo al rededor. Pueden ponerse cuentas de acero y azules, ó bien de estas últimas y blancas; de ambos modos estarán bien con el color de los estambres.

Inútil es advertir, que estos colores puede variarlos el gusto de cada señora, y hasta casarlos con los de la habitacion en que haya de servir, y en el mueble que ocupe; y en cuanto al tamaño se le puede dar toda la estension necesaria, aumentando vueltas en todo el dibujo.

Para ocultar el mal efecto que los puntos hacen por el revés, las uniones y pasadas de los colores, y sobre todo para darle mas consistencia, se forra el revés del círculo con una tela fuerte, la que cubre estos defectos, y deja terminada y perfecta la labor.

BOLSILLO de malla, bordado á crochet.

En un pié, que se hará primero de algodón ó seda cualquiera, se principia el bolsillo haciendo 60 puntos con un molde ó mallero no muy grueso, para que el calado sea menudo; y se va haciendo malla en redondo hasta que haya un trozo proporcionadamente largo para el bolsillo, y entonces se hace con otro molde, doble de grueso que el anterior, una vuelta de este modo: dos puntos en el primero de la vuelta anterior, se deja un punto al aire y se hacen otros dos en el tercero, se deja otro por medio y se hacen otros dos en el quinto, y así toda la vuelta: terminada, se hacen con el primer mallero una vuelta lisa, y otra dejando un punto

por medio entre cada uno que se hace. Estas vueltas caladas quedan á la boquilla del bolsillo para pasar los cordones.

Al llegar aquí, el bolsillo de malla está concluido y falta solo bordarle; para lo cual se saca del pié en que se ha hecho, y se hilvana debajo, ó mejor dicho dentro, pues el bolsillo es redondo, un pedazo de tul del mismo tamaño que la malla y del color de la seda; y debajo del tul á la distancia que marca el dibujo, se coloca la guirnalda que va señalada con el número 3, que se habrá dibujado de antemano en un papel, y se bordarán á cadeneta, con hilillo de oro muy fino, todos los contornos del dibujo, cogiendo la malla y el tul. El interior de las flores será bordado igualmente á crochet, con sedas de colores muy fina tambien. Estos colores pueden escogerse al gusto de cada una, casándolos siempre con gusto: por ejemplo, si el bolsillo es negro, será de muy buen efecto poner seda color rosa para las flores, y verde para las hojas. Igual operación se hará con las flores que van debajo de la guirnalda, y que están señaladas por separado con el núm. 4.

Concluido el bordado, se deshilvana el dibujo de la malla, y se recorta el tul todo al rededor del bordado.

Se reunen luego todos los puntos en el fondo, y se coloca una borla, que forma tres, que tendrá de todos los colores del bolsillo, y en la vuelta de malla calada que se hizo, se pasan como se ha dicho los cordones para cerrarle, los que deben ser de oro con colores, y en los extremos borlas correspondientes á la del centro.

ESPLICACION del pliego de dibujos que se repartió con el número del día 8 del corriente.

- Núm. 1. *Escudo con iniciales*, para pañuelo, bordado al pasado.
- Núm. 2. *Guarnicion*: bordada al pasado y feston.
- Núm. 3. *Guarnicion*: bordada al pasado con ojetes.
- Núm. 4. *Guarnicion*: bordada como la anterior.

Núm. 5. *Entredos*: bordado al pasado y á la inglesa.

Núm. 6. *Guarnicion*: bordada á realce.

Núm. 7. *Tira para enagua*, bordada á la inglesa.

Núm. 8, 9 y 10. *Nombres*, bordados al pasado.

Núm. 11. *Escudo*: bordado á realce.

DE LOS BORDADOS EN BLANCO.

DEL BORDADO AL PASADO.

(Continuacion.)

IV.

Llamamos *bodoquitos* á aquellos redonditos ó lunares que sirven en el bordado para representar frutas, etc. Estos *bodoquitos* son una de las dificultades del bordado. Para hacerlos completamente redondos, como deben serlo siempre, se necesita poner mucho cuidado, sobre todo cuando son grandes. Tomaremos para esplicacion uno de los de la fig. 3.^a (1) El modo de rellenarlos es muy importante. Se principia por hacer algunos puntos en el centro, desde una orilla á otra, vuelta siempre hácia sí la punta de la aguja, y metiéndola por las mismas picaduras, lo que hará al algodón describir una especie de 8. Cuatro de estos 8 no son demasiados para uno de estos bodoquitos, y sostienen muy bien el centro. Se rodea en seguida este núcleo de círculos de algodón, pasando la aguja por debajo de los puntos ya hechos, hasta que todo el interior quede cubierto suficientemente para formar el realce necesario. (El bodoquito *a* de la figura 3.^a ayudará á comprender esta esplicacion.) Para hacer uno de éstos no se debe principiar por un punto muy pequeño. La primera rayita interior del bodoquito *b* indica el sitio en que debe ha-

(1) Esta figura y las siguientes se encontrarán en el pliego de dibujos del próximo Octubre.

cerse el primer punto: en el lado opuesto hay que detenerse en el sitio correspondiente. Los puntos deben estar estremadamente unidos, así resultará que el primero y el último queden un poco recogidos, formando una línea curva, la cual dará á la fruta una perfecta redondez. Si los puntos no quedan bien arreglados por sí mismos, se tendrá cuidado de componerlos con la aguja.

Al tomar el último punto se hará salir la aguja, no sobre la orilla, como en todos los demas, sino en el centro: en seguida se pasará la aguja en toda la estension del bodoquito por debajo de los puntos; se la sacará por el extremo opuesto, volviéndola á pasar del mismo modo, tirando un poco el algodón, y apretando el punto: esto sostiene muy bien el bodoquito y le dá la forma que le corresponde.

Las rayitas que tienen los bodoquitos de la *fig. 3.ª* indican la direccion que deben llevar los puntos. Hay que observar que cuando una de estas frutas está unida á una rama los puntos deben ser horizontales con respecto á esta. Los que forman el centro y la estremidad del racimo, bien que no estén unidos á la rama, se harán como si lo estuviesen, y en la direccion que su posición indica.

V.

Cuando cierto número de bodoquitos se reúnen para formar diferentes figuras, un anillo, por ejemplo, como en la *figura 4.ª*, representan perlas ó cuentas enebreadas; desde luego se comprende, á primera vista en qué direccion se han de hacer los puntos: estos deben ser siempre horizontales, es decir, en sentido opuesto del hilo que se supone pasar por las cuentas. Las rayitas del dibujo, en la misma *figura*, lo demuestran suficientemente.

Los bodoquitos, reunidos en grecas, triángulos ú otras figuras, se deben hacer de la misma manera, y siempre en la direccion del dibujo. Lo mismo sucede con los bodoquitos sueltos.

Cuando los bodoquitos están rodeados de

un cordoncillo, se hace éste despues de aquellos, apretándolos todo lo posible: es decir, que no debe quedar el menor espacio entre el cordoncillo y lo demas del bordado. El cordoncillo que circunda cualquiera otra parte de un dibujo se hace de la misma manera.

Repárese en las estremidades redondas de las especies de brazos que sostienen el anillo ó círculo de la *figura 4.ª*. Los puntos han de llevar la direccion que marcan las rayitas: se observará que todos parten de un mismo centro, en el cual están muy unidos. Todos los dibujos de este género se ejecutan siempre así.

(Se continuará.)

MODAS.

El Otoño principia á anunciarse con sus tardes frescas, con sus mañanas y sus noches frias. El hermoso azul de nuestro privilegiado cielo aparece ya velado, y las primeras lluvias nos van preparando á despedirnos del buen tiempo. Así es la vida; gira el hombre continuamente en el mismo círculo, sin que alteren esta uniformidad sino algunos fugaces destellos de dicha entre millares de desengaños.

Estas reflexiones que nos sugieren las de un periódico extranjero, identificado con el nuestro, nos recuerdan tambien otras de Chateaubriand, llenas de aquella dulce melancolia, de aquella profunda verdad que caracterizan sus escritos.

« Las escenas de Otoño tienen una significacion moral admirable, dice aquel ilustre escritor: estas hojas que van cayendo como nuestros años: estas flores que se pasan como nuestras horas: estas nubes que huyen y nos dejan, como nuestras ilusiones: esta luz que se va oscureciendo como nuestra inteligencia: este sol cuyo fuego se resfria como nuestros amores: estos arroyos que se hielan como nuestra vida, tienen relaciones secretas con nuestro destino. »

Efectivamente, el otoño de la vida tiene cierta analogia con el de la naturaleza.

Hay sin embargo en la vida social serés privi-

legiados, que como algunas felices avecillas, cambian con las estaciones su móvil patria. Semejantes á la golondrina, á esta hija de rey, como la llama aquel insignia vate, que afecta á las grandezas pasa el verano en los palacios de Europa, y el invierno en las ruinas de Tebas, las privilegiadas de la tierra, las adeptas de la Moda, regresan á la vida de los salones, despues de haber paseado de clima en clima su hermosura y coquetería.

La mayor parte de nuestras damas va reparciendo, y no hay tarde de feria en que no se dé á luz alguna de estas bellas fugitivas. La Moda sin duda ha regresado con ellas, pero todavía no se deja ver ostensiblemente. Es verdad que la Moda de Otoño es modesta, como una madre de familia; no es como la de Verano, una muchacha traviesa y coquetueta, que envuelta entre los ampulosos pliegues del barés ó la muselina, corretea por el prado ó trepa por la colina; tampoco es, como la Moda de Invierno, la orgullosa matrona que arrastra por la alfombra de aristocráticos salones la cola de su magnífico vestido de terciopelo, ó brocatel, guarnecido de armiño.

Veis aquella mujer jóven todavía, pero de rostro y aire reflexivo que viene sola, acompañada de una niña. Su traje de seda, es de la estación, á rayas anchas, lisas las unas, las otras escocesas. Lleva una manteleta echarpe, de seda negra, bastante caída de los hombros, que deja ver el cuerpo alto y cerrado, y cuyo doble volante de blonda cubre la mayor parte de la falda de su vestido: su sombrero de paja de Italia lleva adornos de terciopelo negro, flores, y cintas escocesas.

Sin duda es madre porque sus ojos no se separan de la niña que la acompaña, y bien ésta lo merece, porque verdaderamente es un pimpollo. Su traje de seda rosa tiene una doble falda, lisa la de abajo, la superior con un rizado de cintas á la antigua sobre el jareton, plegada en redondo al cuerpo, que casi alto en el hombro va abierto por delante, y sujeto con traviesas de cinta rizada: su manga corta, abierta por delante y por detrás, descansa sobre el hueco de la interior de muselina blanca: de esta misma es la camiseta ó cuerpo interior, de plegado menudo, y un poco escotada en forma cuadrada. Su sombrerito, de grós color de paja es de ala redonda, con un rizado de cinta igual, en su orilla, y debajo de éste otros de tul

blanco, correspondientes á las carrilleras que sujetan el sombrero, atado con una cinta estrecha, porque las anchas van flotando al aire: las flores son también color de rosa.

Observad como esta coquetilla en miniatura lleva sus mitones de malla de seda negra, y con qué dignidad ofrece una moneda á la niña pobre, que descalza y andrajosa le presenta un ramo de dalias.

El cuadro que acabo de describir, amables lectoras, es el de la Moda de Otoño, ó por mejor decir el figurin que con este número repartimos á las que sois suscriptoras á dos figurines.

Entretanto se van dejando ver en los almacenes algunas novedades para telas de invierno: groses con disposiciones brochadas: muarés con dibujos de terciopelo, reps, brocateles y otras telas de seda, en colores y gustos tan nuevos como caprichosos.

En cuanto á sombreros los mejor admitidos son por hoy los de seda, color de malva ó de pensamiento, cubiertos de tul negro, bordado de azabaches menuditos, y con ramos de violetas de dos tonos. Se dice que las flores serán reemplazadas para los de invierno con guirnalda de plumas rizadas, especialmente en los de terciopelo, cuya ala será de tules, blondas ú otro género claro y transparente.

En cuanto á hechuras de trajes no hay una gran novedad: algunos cuerpos se guarnecen por delante de cintas de seda ó de terciopelo puestas en escala: estas tiras se colocan por detrás á lo largo en la escotadura del cuello, y forman una especie de pelerina del mejor efecto, especialmente en las cintas *pompons* de dos colores.

En cuanto á manteletas hemos visto modelos de deliciosa novedad, pero no queremos desvirtuar con una relacion anticipada estos elegantes adornos que están llamados á hacer un gran papel en nuestro traje de invierno.

AURORA PEREZ MIRON.

